

Xavier Sala i Martín

Cuando las cosas iban bien

Por fin el Gobierno de España ha aprobado un paquete de medidas económicas contra esa crisis económica que, según el presidente Rodríguez, no existe. Ahora bien: si no hay crisis, ¿a qué vienen las medidas? Supongo que a los ministros les debe de entrar un sudor frío cuando piensan en lo que pasará el 31 de agosto, cuando el último turista vuelva a su casa y lo comparan con lo que pasó el día que el último turista abandonó Barcelona después del glorioso verano olímpico de 1992. Esa comparación les ha hecho tan poca gracia que han adoptado 24 medidas preventivas. La pregunta es: ¿solucionarán el problema esas medidas? Claro que una pregunta previa es: ¿cuál es el problema que se intenta solucionar?

En mi opinión, la economía española ha arrastrado no uno sino dos grandes problemas durante los últimos años: el excesivo peso de la construcción y la falta de productividad. Los continuos aumentos de precios de la vivienda hicieron que millones de familias compraran inmuebles a modo de inversión. Recuerden lo que decían convencidos: "A diferencia de la bolsa, el ladrillo no baja". Para satisfacer toda esa vorágine de familias disfrazadas de maligno especulador, las constructoras construyeron y construyeron hasta convertirse en principal motor de la economía del país. El 19% del empleo creado durante la última década era de la construcción (en Estados Unidos, la cifra sólo era del 4%), lo que comportó una peligrosa concentración económica en un negocio que sabíamos que se paralizaría en cuanto los precios dejaran de subir. Y la burbuja se desinfló. Y el motor se paralizó.

El segundo y quizá más preocupante problema es el gargantuesco déficit exterior: España compra 100.000 millones de euros más de lo que vende y eso representa el 9,4% del PIB. Ese déficit exterior es, junto con el griego, el más grande de Europa y casi dobla el tan criticado déficit exterior de Estados Unidos, que sólo llega al 4,8% del PIB.

Para entender por qué el déficit exterior es preocupante permítanme una pequeña lección de economía: el déficit exterior es la diferencia entre la demanda y la oferta. Cuando una economía consume (o

demanda) menos recursos de los que produce (u ofrece), la diferencia tiene que ser comprada en el exterior. A eso se le llama déficit. Si, por el contrario, la economía produce más de lo que la gente del país compra, la diferencia debe ser vendida en el exterior y eso se llama superávit. El hecho de que la economía española tenga uno de los déficits exteriores más grandes del planeta Tierra (y seguramente uno de los más grandes del sistema solar) quiere decir que o bien España compra demasiado o bien vende demasiado poco.

¡Y no! No vale decir que no es que España compre demasiado sino que, al tener



JORDI BARBA

que importar todo su petróleo, la factura de importaciones se ha disparado con el aumento del precio del crudo. Eso puede ser verdad... pero no explica por qué España tiene un déficit galáctico y no lo tienen otros países que también importan su petróleo como Alemania, Austria, Finlandia, Holanda, Suecia o Suiza, que no tienen déficits sino superávits de 6,4%, 2,9%, 4,5%, 5,9%, 7,9% y 13,9% del PIB, respectivamente.

Si el déficit es la diferencia entre demanda y oferta, es obvio que sólo hay dos maneras de eliminarlo: reducir la demanda o aumentar la oferta. De cajón. Reducir la demanda en un 9,4% del PIB quiere

decir que familias, empresas o Gobierno tendrán que gastar menos. Eso implica una recesión económica catastrófica. No es lo que persigue el Ejecutivo. Supongo. Ahora bien, si no quieren reducir la demanda, la única alternativa es aumentar la oferta haciendo que las empresas produzcan más con los mismos recursos. Es decir, "aumentando la productividad". Problema diagnosticado y aquí es donde quería llegar. La pregunta clave es: ¿contribuyen las medidas adoptadas por el Consejo de Ministros a aumentar la productividad? Pues algunas, claramente, no. Destinar 10.000 millones a impulsar la vivienda protegida no sólo no aumenta la productividad, sino que es un intento burdo de salvar a empresas constructoras en un momento en el que España debería reducir el peso de la construcción en el global de su economía. En el mismo sentido, las regulaciones medioambientales sobre energías renovables y lucha contra el cambio climático tampoco aumentan la productividad, sino más bien al contrario.

Por otro lado, las propuestas de reducción de la fiscalidad —como la supresión del impuesto sobre el patrimonio—, el fomento de la competencia en transporte de mercancías por ferrocarril, el reforzamiento de la independencia de los reguladores, la flexibilización de la ley de Arrendamientos y, sobre todo, la agilización de trámites para la creación de empresas son medidas que, a medio plazo, sí contribuirán a la productividad.

El problema de esas medidas es que se quedan cortas. Para aumentar de verdad la competitividad empresarial es urgente incrementar la calidad del capital humano a través de profundas reformas educativas, introducir más meritocracia en el empleo, fomentar la innovación sin confundirla con gasto en I+D, flexibilizar las mentes de los jóvenes para que sean más movibles sectorial y geográficamente y sean menos burócratas y más emprendedores, y seguir reduciendo los enervantes obstáculos burocráticos. Todas esas medidas son importantes. Pero claro, son tan importantes, que no deberían haberse tomado en un urgente Consejo de Ministros del mes de agosto. Deberían haberse tomado antes. Mucho antes. Cuando las cosas iban bien.●

www.sala-i-martin.com

Francesc-Marc Álvaro



Georgia y la conspiración

Una de las señas de identidad de todo pensamiento reaccionario y totalitario es la sustitución del análisis basado en hechos y datos por la apelación a oscuras teorías de la conspiración. Totalitarios de derecha y totalitarios de izquierda rematan sus discursos con el gran hallazgo: todo obedece a una conspiración secreta, urdida —casi siempre— por la mano negra del Gobierno de Estados Unidos. El último conflicto en el Cáucaso no se ha salvado de estos cuentos. Según los amantes de este género de ficción, lo que hoy ocurre en Georgia responde a un movimiento de piezas de Washington, calculado al detalle para provocar el choque entre la UE y Rusia con el fin de debilitar a la primera. Al parecer, si Bruselas y Moscú no se entienden es por culpa del pérfido Bush.

Es una pena que la realidad contradiga a estos aspirantes a novelista. En la cumbre Unión Europea-Rusia celebrada en octubre del año pasado, Putin, que entonces todavía ejercía como presidente, jugó a la provocación directa cuestionando la libertad en los países de la UE y anunció la creación

Hay que leer a Havel para curarnos de quienes sólo hacen sonar las cacerolas contra yanquis

de un instituto para vigilar los derechos humanos a este lado del continente. En el plano de los intereses, quedó claro que los planes de Bruselas para el mercado energético europeo chocan con las ambiciones de Gazprom, la poderosa compañía controlada y utilizada a placer por el Kremlin. Además, los países más importantes de la UE son, a la vez, miembros de la OTAN, alianza militar que Rusia no está dispuesta a ver crecer mediante estados que, antes, formaron parte del bloque soviético.

Es comprensible que aquellos países que ayer soportaron el imperialismo soviético busquen ahora en la OTAN y la UE la manera de blindarse ante la indisimulada voluntad de Moscú de reconstruir, incluso por la fuerza, su espacio de dominio. Así lo entendieron, por ejemplo, polacos, rumanos y checos. Los georgianos y los ucranianos hacen el mismo razonamiento, pero la geografía se lo pone más difícil. Hay que leer a Václav Havel (que no es un *neocón*) para curarnos de la propaganda de quienes sólo hacen sonar las cacerolas contra los yanquis. Pero todo esto nos conduce a una pregunta muy complicada: ¿Dónde acaba en realidad Europa? ¿Por qué los turcos sí y los georgianos no?

El paso en falso del presidente de Georgia, enfrentándose a las milicias prorrusas de Osetia del Sur, no se entendería si no tenemos presente la presión de Moscú en la zona y el bloqueo del grupo de trabajo georgiano-osetiano, del que formaba parte el moderado líder sudosetiano autonomista Dmitri Sanakoyev. Putin y su fiel Medvedev buscaban un pretexto para meter los tanques en Georgia y castigar los anhelos occidentales del vecino. El error de Saakashvili se lo regaló. Los soldados rusos son "garantes de paz", afirma Medvedev. Seguro que los chechenos pueden corroborarlo.●

X. SALA I MARTÍN, *Columbia University, Fundació Umbele y UPF*

Eduard Sagarra Trias

El Polo Norte y el petróleo

Todos recordarán que hace justamente un año, en agosto del 2007, se difundió que Rusia había plantado su bandera en las profundidades del océano Ártico, justo en el centro del Polo Norte.

Rusia difundió esta noticia profusamente; incluso no se dudó en engañar a la opinión pública, utilizando de forma pueril unos fotogramas de la película *Titanic*!

Rusia alegaba en defensa de su postura que la parte del fondo del Ártico, denominada *dorsal Lomonosov* es una continuación de su plataforma continental siberiana y, por tanto, tiene derecho a su correspondiente exploración y explotación, sin perjuicio de que otros estados tengan

derechos sobre otras zonas árticas.

Estados Unidos, Dinamarca (Groenlandia), Noruega y Canadá, que son los países limítrofes con el Ártico, denunciaron esta apropiación, para ellos ilegítima, y declararon sus derechos territoriales sobre el Ártico, especialmente, sobre la plataforma continental y los fondos marinos de aquel territorio en constante deshielo.

Las reivindicaciones tienen una doble finalidad que tiene mucho que ver con el precio del crudo y las reservas futuras del petróleo. Según estudios geológicos en la zona ártica y en su plataforma continental adyacente, se encuentran reservas de petróleo que pueden suponer un 25% del que todavía existe en el mundo, además de minerales preciosos y materias primas que de explotarse podrían desestabilizar la economía mundial.

Junto a esta posible explotación, el cambio climático y el deshielo progresivo y galopante del Ártico supondrán la apertura de nuevas vías comerciales y estratégicas de navegación mundial, con el cambio que también supondría para el comercio internacional.

No nos extraña que este verano se vuelva a hablar, y mucho, del Polo Norte y sus recursos; y si no se habla, no duden que las cinco potencias en lid estarán investigando para reivindicar la competencia territorial de los fondos marinos en busca del oro negro.

El tema es apasionante y promete tener varios capítulos y no pocas confrontaciones. El precio y las reservas de petróleo van a marcar los tiempos de este combate entre países, blancos, cristianos, ricos y poderosos.●

E. SAGARRA TRIAS, *abogado Roca Junyent; profesor de Derecho Internacional Público UB y Esade*